

## Advertencia

Esta novela está basada en una historia real de la que se hizo eco la prensa. A excepción de los elementos conocidos y públicos de este suceso, el texto que sigue es una obra de pura ficción.

DE CONATUS

Yo no te pedí que te marcharas, dije.

Eres tú quien lo ha querido, y si no te querías mojar, bonito mío, no haberte embarcado. Yo no te he empujado al agua y tampoco he ido a buscarte a tu pueblo o a tu campo, a tu suburbio en ruinas, para sacarte de ahí y meterte en tu jodido bote que hace agua, y ahora chapoteas y quiero creer que tienes miedo, y me pides auxilio como si fuera culpa mía, me pides que te salve y te impacientas. Cuentas conmigo. Pero yo no te he pedido nada. Así que déjame hacer mi trabajo y tómatelo con calma.

Supongo que pensé todo esto con tanta fuerza que lo dije en voz alta, por lo menos la primera frase, si creemos lo que se escucha en las grabaciones, y no hay razones para no creerlas, tengo que admitirlo.

Habría sido necesario añadir, ya que estábamos, frases como «yo tampoco soy Dios», porque debía de estar pensándolo y habría podido decirlo. Habría podido decir: Esta noche por todas partes hay tipos como tú, cuarenta Titanic naufragando al mismo tiempo supuestamente en el Canal de la Mancha y yo no puedo ocuparme de todo el mundo a la vez. Así que vas a tener que tomártelo con calma, bonito, y decir

a los demás que también se están muriendo que se tranquilicen y cuelguen sus teléfonos para que pueda ocuparme de ti. Sólo tienes que telefonar a todos los demás, puesto que tienes un teléfono móvil, a todos los demás que todas las noches se suben a unas lanchas inmundas, sin compás, sin luces de señalización, en grupos de treinta sobre una cubierta que apenas puede soportar el peso de cinco, sin instrumentos, sin puntos de referencia, sin conocimiento del mar, con mujeres y niños.

Pero finalmente le había dicho a Julien, que estaba a mi lado: Esta gente es increíble, se tiran al agua y después de milagro no te echan la bronca por no lanzarles lo suficientemente rápido un salvavidas; son unos caraduras. Él sonrió antes de sumergirse de nuevo en su libro. En este caso más bien con goteras, observó. Y a las tres de la mañana ese era el tipo de bromas que te hacían reír.

Esta broma no quedó grabada, creo que no habría sentado bien, y Julien puede dormir tranquilo: no se va a convertir en un monstruo por haber hecho una broma sobre las lanchas neumáticas que hacen agua. Por otra parte, en las grabaciones del puesto, sólo se me oye a mí, o casi, mala suerte.

Después de eso volví a mis monitores, a mi PC, a mi micro, diciéndome seguramente que, después de todo, esa gente debería de estar contenta: querían ir a Inglaterra y ya están ahí, en aguas británicas, y ahora en un barco británico, con mantas de supervivencia británicas, envueltos como caramelos en papel dorado, y van a poder continuar su conversación en inglés todo lo que quieran.

Pero finalmente las corrientes habían traído sus cuerpos a las aguas francesas.

Y ahora flotaban en el escritorio de la inspectora, en los locales de la guardia costera. Había veintisiete exactamente,

entre ellos una niña, desperdigados entre los bolígrafos, los cuadernos de notas y las carpetas, flotando alrededor del ordenador de la capitana de la guardia costera, y entre ellos también el cuerpo del que me había llamado catorce veces aquella noche y al que por supuesto ahora ya no se le oía. El mar estaba en calma sobre el escritorio, no había viento ni oleaje, y junto a los cuerpos sólo unos papeles perfectamente ordenados.

Mientras me hacía escuchar las grabaciones, la inspectora tan pronto me observaba como miraba por la ventana desde la que no se veía el mar, y era mejor así, porque yo veía el mar todo el tiempo desde mi semáforo y, ya puestos, en ese momento prefería ver un trozo de calle con una obra enfrente, unos obreros, en su mayor parte africanos, pero al menos vivos y no empapados y helados de frío, y no mujeres ni niños, así que yo miraba eso de buen grado mientras que en la grabación se oía *Please, please*, y me oía a mí misma decir «tranquilos la ayuda está llegando».

La guardia llevaba el pelo peinado hacia atrás y recogido en una severa cola de caballo, exactamente como yo, me dije para mis adentros, y la espalda muy recta como yo, militar de alguna forma, los hombros tipo percha, como solía decir Éric, con la misma cara que yo, tal vez, pero con diez años más, ella con su jersey azul marino de guardacosta y yo, evidentemente de civil, me había puesto un suéter ridículo y unas zapatillas de deporte, como si volviera de mi footing matinal, de modo que parecía una mocosa pese a mi severa cola de caballo, una niña malhumorada, con el rostro cerrado a cal y canto, llamada al despacho del director. Y seguramente fue ese ridículo parecido vagamente humillante, que me ponía delante una caricatura de mí misma o el retrato brutalmente patético al que debía parecerme en realidad, lo que hizo que la guardacostas me resultara enseguida poco

simpática, incluso antipática, aunque no se trataba de sentir simpatía en esas circunstancias.

Al pasarme a su despacho, me dijo Gracias por haber venido de forma voluntaria, su director se negó a darnos sus datos de contacto. Y añadió, Su colega, al parecer, el que estaba de guardia con usted aquella noche, no ha tenido el, la, había vacilado en la elección de la palabra que debía venir después, podía ser Escrupulo, o bien Coraje, y por qué no Conciencia moral o Sentido del deber, pero no encontraba la palabra justa, de modo que rectificó diciendo: No ha dado este paso, por el momento.

Por suerte, no me preguntó por qué lo había dado yo finalmente, como ella decía, y por qué me había presentado libremente, antes de que el juez y los gendarmes vinieran a llamar directamente a mi puerta y me metieran en un furgón delante de mi hijita para sentarme en el banquillo de los acusados bajo el cargo de no asistencia a persona en peligro y no sé qué más. Por suerte no me preguntó por qué aquella mañana, después de haber dejado a Léa en casa de mis padres, había cogido el coche para ir al servicio de guardacostas de Cherburgo, a cuatro horas de camino desde Boulogne, parando en la autopista para tomar un café insípido en cuya superficie veía unas pequeñas lanchas oscilar, pero eran migas de galleta y a mi alrededor una gente que me señalaba a mis espaldas con el dedo en silencio, una llamada de teléfono a mis padres para saber si todo iba bien con la pequeña, inquieta por no ir a la escuela, una llamada de teléfono también al servicio de guardacostas para decir Estoy llegando estoy en la carretera, sorprendida por no oír contestar en inglés al otro lado de la línea, por no oír unos *Please, please*, y unos gritos detrás, simplemente un *La esperamos*, como tendrían que decir unos naufragos razonables tomándoselo con calma, ya que no había mucho más que hacer

aparte de rezar y mirar para ver si había un barco cerca, La esperamos, tendrían que decir tranquilamente, en lugar de multiplicar las súplicas inútiles, en lugar de no comprender la diferencia entre estar en aguas francesas y estar en aguas británicas, en lugar de llamar catorce veces en dos horas para decir que se estaban hundiendo, en lugar de molestarme repitiéndomelo una y otra vez como si fuera yo quien no entendía, pero yo he entendido perfectamente que tienes los pies en el agua, pero en aguas inglesas, no en aguas francesas, aunque estén igual de frías supongo, así que mira más bien a ese lado si sabes todavía a qué lado hay que mirar, dónde está el norte y dónde el sur,

así que feliz de que no me preguntara por qué había decidido a ir, pues no habría sabido qué responderle, en todo caso no creo que hubiera empleado palabras como Escrupulo o como Sentido del deber, y ciertamente no Coraje, quizá más bien palabras como Cansancio o Náusea, o seguramente Enojo,  
es decir, Vergüenza.

Eso era también lo que yo quería: oírme a mí misma. Es decir, oírme más que leerme, más que leer mis palabras en los periódicos. Oír mi voz más que la voz de los periodistas repitiendo en televisión lo que yo había dicho, junto a expresiones como Drama de los migrantes, Tragedia de los migrantes, como si todos los días, a las ocho de la noche, estuviéramos en un teatro y volviéramos a interpretar la misma obra,

sí, la misma obra, y yo en primera fila sin perderme una sola representación. Todas las noches asisto al Drama de los migrantes, tengo un asiento gratuito e incluso me pagan por ello, hay quienes se sientan en los palcos y quienes se sientan en el anfiteatro, pero a mí me han instalado un semáforo en

la primera fila para que pueda ver bien, de modo que estoy a la vez en la platea y en el anfiteatro sobre el mar, y aunque a veces lleva un título diferente, que puede ser Drama de los migrantes, Tragedia de los migrantes, Drama en el Canal de la Mancha o Drama en el Mediterráneo, es siempre la misma obra, y siempre también el mismo personaje que, en un momento dado, coge un teléfono para dirigirse al público e interpelarlo de forma interactiva, empieza con *Please, please*, pero en verdad no se dirige al público, que mientras tanto suelta unos oh y ah consternados o suspiros de indignación, sino que se dirige a mí, sólo a mí, por lo que me corresponde a mí responder y responder bien porque, si no, los espectadores se quedan descontentos y los suspiros de indignación son para mí, lo mismo que al día siguiente las críticas de teatro son también contra mí, porque de mis respuestas depende el carácter del espectáculo y, si me las compongo bien, el Drama de los migrantes es un poco menos un Drama de los migrantes, además de que durante ese tiempo tengo que ocuparme de lo que pasa en otras escenas donde se representa el Drama del deportista náutico a la deriva o la Tragedia del arrastrero que ha zozobrado.

Si, quería oírme a mí, oír mi voz en ese despacho del servicio de guardacostas para estar realmente segura de lo que había dicho, en lugar de oír hablar como una ventrílocua a una periodista emperifollada diciendo que yo había dicho esto y lo otro, y entre lo que había dicho había cosas *horribles*, *escandalosas*, o también *atrocés*, para después añadir que yo había hecho o no hecho unas cosas que habría debido hacer o no hacer.

Pero era sobre todo a él a quien se oía en las grabaciones, no sé cómo llamarlo: el Migrante, El del teléfono, el Hombre que se hunde, su voz me la conocía de memoria, y lo que decía también, porque, en realidad, es el mismo que me llama todas

las noches, con la misma voz y las mismas súplicas, porque ese idiota, por mucho que lo saques del agua vuelve a ella, una, diez, cien veces. Una noche lo sacas de allí en un salvamento de emergencia, sano y salvo, incluso puede decir gracias, y a la noche siguiente vuelve a ser él quien llama, porque está de nuevo dentro, como si no hubiera comprendido la lección y dice *Please, please*, todos los días se le deja en tierra firme y todas las noches vuelta a empezar, y se tiene la impresión de que va a ser así hasta el día del juicio final: siempre el mismo tipo que vuelve al agua y comienza a hundirse en medio del Canal de la Mancha y espera a que vengan a buscarlo para poder volver a empezar a la noche siguiente, y a la larga resulta agotador.

Y mi voz también, aunque ya no era mi verdadera voz, y no porque la grabación inevitablemente deformara los timbres, sino porque se trataba de mi voz profesional, la que gestiona secamente el desastre cada noche con frases como *Cálmese y Deme su geolocalización por WhatsApp o la Ayuda está llegando*. De modo que se oían esencialmente frases como esta a las 2:05, a las 2:36, a las 3:12, a las 4:22 y así hasta las 4:32, en que ya no se volvió a oír nada más. Entre esas frases había algunas que por lo visto yo no debería haber pronunciado, como la de *Yo no te pedí que te marcharas* y la inspectora me preguntó cómo había que interpretar esa frase.

Entonces le dije a la inspectora que no deberían dar tanta importancia a esa frase, ya que representaba claramente un problema, aunque no sabía si me iban a meter en la cárcel por haber dicho algo obvio —que no había sido yo quien les había pedido que se fueran, si eso formaba parte de las faltas que me reprochaban, pero qué falta exactamente—, a esa frase, en todo caso, no había que darle una importancia excesiva, en

mi opinión, porque, después de todo, podría habérselo dicho a cualquier deportista náutico irresponsable, al cretino que se hace a la mar sin preocuparse por las condiciones meteorológicas o que es incapaz de maniobrar correctamente su maldito velerito, y que se encuentra sin fuerzas, en estado de shock, y aterrizado, y después hay que movilizar a toda la Armada Nacional para evitar que trague agua. Si viniera a decirme que no actúo lo bastante rápido, como si yo fuera responsable de lo que le ocurre, también le diría que no soy yo quien le pidió que zarpara, después de todo.

Ella me miró como si no me creyera y yo también tenía mis dudas. Pero ¿por qué?

Entonces, muy contenta, aprovechó el momento para preguntarme a traición ¿Para usted no hay diferencia entre un deportista náutico irresponsable y una lancha de migrantes? Estaba claro que la pregunta no era en absoluto bienintencionada, pero en última instancia era fácil de responder, porque mi oficio suponía precisamente no hacer diferencia, de modo que eso fue lo que le dije, y que deberían felicitar me por no hacer esa diferencia: auxiliamos a todo el mundo, no hacemos diferencia. ¿Tendría que haber actuado con más rapidez con uno que con otro?

Pero eso no era lo que ella quería decir, por supuesto, porque yo parecía estar pensando que era lo mismo un cateto que se hace a la mar con su barco de recreo y una gente que huye de la miseria y de la guerra, como si hubieran zarpado todos en el mismo barco para una expedición de pesca. La diferencia que había que hacer no era entre un hombre que se ahoga y otro que no, sino entre las razones, las causas, que los han llevado a tal situación. La diferencia que había que hacer era entre por qué se zarpa, lo que explicaba por qué alguien se embarcaba junto a un grupo de personas en una cáscara de nuez y no sólo en su First 24. Así pues, el problema era

que yo no hacía la diferencia, que no parecía comprender que las situaciones son diferentes, que no se zarpa de la misma manera y sobre todo por las mismas razones y por tanto tampoco en las mismas condiciones.

Sin embargo, la pregunta insidiosa, sobreentendía que, por el contrario, yo hacía una diferencia, pero no en el buen sentido, a saber, que finalmente debería haberme dado más prisa en salvar a un arribista que quiere pavonearse en su trasatlántico en una noche muy ventosa que en movilizar los auxilios para un puñado de kurdos iraquíes que todas las noches se empeñaban en chapotear en el Canal de la Mancha. Dicho de otra forma, yo no hacía la diferencia cuando había que hacerla y cuando no había que hacerla la hacía y todo eso sólo podía explicarse por una razón, y ella iba a acabar preguntándome si yo tenía algo contra los migrantes, o si consideraba que la vida de un migrante valía menos que la de un deportista náutico o la de un patrón de pesca, entonces, para prevenir una pregunta de ese tipo, dije que yo no tenía opiniones sobre los migrantes, no más que sobre la política migratoria o sobre el derecho de asilo, sobre las relaciones entre el Norte y el Sur, sobre los problemas y las soluciones, sobre la miseria del mundo o sobre la injusticia, que tener opiniones sobre los migrantes no era lo que se me pedía.

No, no tengo opiniones sobre los migrantes, tengo incluso menos que sobre los demás, me parece, porque además se me pide que no las tenga en absoluto, lo cual está muy bien. Si alguien tiene opiniones sobre los migrantes, ese sería más bien mi ex, por ejemplo, el padre de Léa, él sí que las tiene, y son prácticamente las mismas que las del panadero de la esquina y que las de los cajeros del supermercado de al lado, con quienes hablo de vez en cuando en mi semana de descanso, de hecho, prácticamente las mismas que las de la mitad de Calais, de Boulogne o de Dunkerque. Las opiniones de

Éric sobre los migrantes las he escuchado bien porque yo trabajaba allí, en el CROSS<sup>1</sup> y porque no sólo no entendía por qué los del CROSS nos molestábamos en acudir a auxiliar a esos parásitos, sino por qué no los tirábamos directamente al agua en cuanto veíamos a alguno, con un buen golpe de remo a ser posible, para estar bien seguros de que no volverían a subir a la superficie. Todo empezó con las historias de Calais y de la jungla, porque Éric era de allí, de Calais, y al final ya no soportaba la idea de que yo hiciera ese trabajo, ir a ayudar a unos arrastreros o a unos cargueros lo admitía, pero a unos migrantes no, y cada vez que yo regresaba a casa, tenía derecho a hacerlo: cuántos habéis sacado del agua esta vez, y cuánto nos cuestan esas estupideces, y por qué no los empujáis hasta las aguas inglesas y que allí se las arreglen, puesto que quieren ir allí a cualquier precio, y por qué, una vez que los habéis pescado, no los mandáis directamente a África, como si no tuviéramos otra cosa que hacer que ocuparnos de sus pupas, que se espabilen o que se queden en su casa, etc. Había oído eso mil veces, hasta que, por unas razones que no tienen nada que ver con eso, le *pedí que se fuera* de una vez por todas, pero yo no estaba allí para contar mi vida con el padre de Léa y la manera en que acabamos por separarnos.

(¿Para esto he venido aquí?, pensé, ¿para hablar del Drama de los migrantes? ¿Ese es el objeto de la inspección, saber lo que pienso de los migrantes? Como si no estuviera en un despacho de gendarmería, sino en un plató de televisión para expresar mis opiniones por las que iba a ser juzgada, a saber, si me sentía concernida por el famoso Drama de los migrantes que se representa todas las noches en el Canal de

---

<sup>1</sup> Centro Regional Operacional de Vigilancia y Salvamento en sus siglas en francés. [N. del T.]

la Mancha, en el Mediterráneo, en Ceuta o en Lesbos, qué era lo que pensaba de la jungla de Calais y si consideraba que instalar duchas y sanitarios en esos campos los haría peligrosamente atractivos).

Es cierto que podría tener opiniones al respecto, podría haberme hecho mi propia idea, como se dice, porque todos los días tenía ante mis ojos la miseria del mundo que venía a volcarse aquí, que se estancaba un momento en Calais, en Grande-Synthe antes de hundirse en el mar, todas esas gentes que piensan que se les debe algo porque se mueren de hambre en sus países o simplemente porque quieren un coche propio y tienen derecho a tenerlo, que vienen a buscar cobertura universal del seguro médico y que, en el mejor de los casos, consiguen recuperar una cobertura de supervivencia. Pero yo no tengo opiniones de ese tipo, porque no sería profesional y yo no finjo, como tampoco Julien, que es casi siempre mi pareja en la unidad de salvamento, esa falta de opiniones que es una opinión, cuando observa desde *arriba* o desde lo alto todos esos pequeños, ridículos y trágicos remolinos en las aguas del Canal de la Mancha, profesando una indiferencia de sabio desilusionado, con su manera de pasar de todo leyendo su libro en los días tranquilos. Y también debería decir que yo no tengo *ideas* al respecto, eso se lo dejo a los demás, que tienen muchas, lo que les dispensa de ocuparse de los salvavidas. No es que yo no sepa qué pensar del Drama de los migrantes, de la Tragedia de los migrantes, del Naufragio de Europa, del Cementerio del Mediterráneo o del Canal de la Mancha, por utilizar todas esas expresiones periodísticas fijas que simplemente me desagradan, no es que yo no sepa qué pensar al respecto, sino que simplemente no pienso nada.

Yo no trabajo en una ONG, no estoy ahí para defender una causa ni para enviar ayuda porque sea lo *justo*, eso era lo que tenía que hacerle comprender a la capitana de la guarda

costera. No era mi conciencia moral o no sé qué, la que le tiraba los salvavidas o las mantas térmicas.

Así pues, no tengo opiniones, repetí, en todo caso no tengo opiniones al respecto ni convicciones particulares y tampoco es necesario tenerlas, porque mi trabajo es vigilar el tráfico marítimo y coordinar las ayudas cuando es necesario, no tener unas convicciones, ni en un sentido ni en otro. No comprendo por qué debería tenerlas, añadí, en un sentido o en el otro, para ejercer este trabajo, y si las tuviera sería efectivamente una catástrofe. Y lo mismo si tuviera estados de ánimo, porque los estados de ánimo impiden actuar, tomar decisiones, ser eficaz: es una evidencia y es lo primero que se aprende en este oficio. Lo que me piden es precisamente *no* tenerlos, ni convicciones ni estados de ánimo. Y ciertamente no es usted, concluí, sobre todo usted, quien podría decir lo contrario, porque me imagino que a usted le parecería una falta de profesionalidad que un colega de la guardia costera tuviera estados de ánimo.

Así que, por supuesto, no me enrolé en la Armada para salvar a migrantes que chapotean en la vía del Paso de Calais, eso seguro, si se me pide que lo haga, o que contribuya a hacerlo, lo hago, pero no me pregunten qué pienso, en el fondo, de esas gentes, o más bien de esa manía que tienen de tirarse al agua para buscar no se sabe qué. Además, estoy obligada a hacerlo con los medios disponibles, y de eso podríamos quizá empezar a hablar, de los medios disponibles para asegurar esas misiones, porque la falta de medios podría tener algo que ver con lo que pasó, dado que yo no puedo enviar docenas de lanchas, de motoras, de patrulleras o cuarenta helicópteros para salvar a cuarenta embarcaciones al mismo tiempo, tenemos que priorizar.